

Desaparecieron las clases. Se realizó la fusión del laboratorio y la plaza pública. Y cáesele la baba á cualquiera de los iniciados en achaques de ciencias naturales, al contemplar cómo discuten mano á mano el público y los profesores sobre los orígenes, apreciación y virtud específica del medicamento. Se ha realizado, pues, el ideal democrático de aquel puñado de profesores madrileños que hace treinta años, poco más ó menos, se empeñó en adecentarnos, arrancándonos nuestra característica académica y sustituyéndola por plumaje de papagayos parisienses.

Nos vistieron de limpio, según decían ellos. Ya lo estamos: y bien, ahora ¿qué? ¿Cómo ha quedado el farmacéutico español después de variar de indumentaria, de hábitos profesionales y de régimen interno y externo en sus oficinas? Pues como no tenemos pelos en la lengua, lo diremos con todo el realismo de la llaneza: convertido en hortera.

No hay que apretar los puños ni retorcerse las guías del mostacho porque resulte cruda esta afirmación. Lo dicho, dicho está, y á justificarlo vamos: que el amor propio no debe reservar sus explosiones para cuando se ponen en caricatura las debilidades humanas, sino cuando éstas están á punto de cometerse. Menos remilgos y más virilidad de conciencia y ¡de carácter. ¡Pues no faltaba más sino que diéramos todavía dulces, á calidad de propina, á los que no supieron ó no quisieron defender en tiempo hábil las correcciones y los prestigios de la Farmacia nacional de los requerimientos, halagos y trampas del comercio judaizante de las orillas del Sena y también de los de la perrera galénica de Washington! Vaya, menos mímica y más circunspección.

Porque esto de ponerse rizos científicos con una mano y cursilear con la otra, prodigándose y dejándose manosear el título, la idoneidad y el crédito por un público que no conoce más terapéutica que la de cinco céntimos, ni más medios de comprobación que los que le suministran el médico por una parte y el intruso y el droguero, por otra, nadie puede tomarlo en serio.

Pero, ya se ve, muchos farmacéuticos de los que ahora se gastan, han dado en posponer la nota profesional á la comercial, y ¡cometen cada torpeza! ¡incurren en tantas ridiculeces!

¡Ridiculeces! Se nos enciende el rostro de ira y de vergüenza cada vez que entramos en una botica y vemos ménsulas, repisas, mostrador, entrepaños y paredes repletos y tapizados de cromos, calendarios y otras chucherías, con que el profesor, á usanza del tratante en bisutería para *bebés*, se insinúa en el ánimo de las mamás para que no olviden el camino de su oficina. Y más se nos enciende cuando vemos á ese mismo profesor que, no satisfecho con su horteril tarea de distribuir tales chucherías entre chicuelos y hasta en *Menegildas* mejor ó peor trajeadas, destaca majestuosamente la indispensable conservera y reparte la delicada limosna del bombón ó de la pastilla entre aquellos que, á veces, le demandan no más que diez céntimos de crémor. Con lo